

do el cronista a la consideración de la guerra de los comuneros, a la cual eran sin embargo mucho más aplicables.

La derrota de Pavía, la prisión de Francisco I, su traslado a España, su tratado de paz con el Emperador y el matrimonio de éste rematan el libro tercero.

Los mismos nombres y sucesos semejantes desfilan por el cuarto libro, en donde se relata la formación de la Liga, la reanudación de la guerra y los acontecimientos a que dió lugar; la entrada en Roma de Hugo de Moncada y luego el saqueo de la ciudad realizado por las tropas a las órdenes del Duque de Borbón: "Sin lo querer ni mandar el Emperador ni pasarle por el pensamiento que tal pudiera subceder"; fruto éste "que sacó el Papa Clemente, por la pertinacia e dureza que tuvo en ser... enemigo" del muy católico Carlos V.

La oportuna muerte del Condestable, el nacimiento del príncipe don Felipe, las justificaciones del Emperador ante los Reyes de Francia e Inglaterra por el saco de Roma, el desafío de Francisco I, los primeros pasos encaminados al logro de la paz y la ida de Carlos a Italia para ser coronado son los principales sucesos que, con su habitual imparcialidad, nos relata en este libro don Pero Mexía.

En el siguiente se narra con suma brevedad, dado que el asunto escapa a la jurisdicción del cronista, el comienzo de la campaña de Pizarro. Pero este acontecimiento, así como el tratado de paz con Francisco I, las últimas luchas en Italia y aun los avances de Solimán sobre Hungría y Austria hasta llegar a las puertas de Viena, con peligro de la cristiandad, pasan a segundo plano; resultan opacos y carentes de relieve frente a la trascendencia y brillo que da Mexía a la coronación de Carlos con las dos coronas: la de hierro y la del Imperio. El viaje del Emperador a Bolonia, su encuentro con el Papa, su comitiva, los actos realizados, la ceremonia de su coronación, las fiestas llevadas a cabo para celebrarla, pasan ante el lector en una descripción minuciosa, tan vívida y detallada como si fuera obra de un testigo presencial; su colorido presta animación a tres capítulos de este libro quinto. Los restantes tratan del viaje de Carlos a Alemania, de su lucha contra el luteranismo, y finalmente de la caída de Florencia, que se convierte en Señorío de Alejandro de Médicis. Una frase trunca nos recuerda que la muerte impidió al caballero Mexía concluir su obra.

Aun así, la parte que de ella realizó permite juzgarlo como historiador amigo de la verdad, con un afán de imparcialidad loable, cualquiera sea su resultado, y aun como escritor grato, ya que las

quinientas ochenta páginas de que consta la "Historia de Carlos V" en la edición de Mata Carriazo se leen generalmente sin dificultad y a ratos con placer.

MARÍA DEL CARMEN CARLÉ.

VIRGINIA RAU: *Subsidios para o estudio das feiras medievais portuguesas*. Lisboa, 1943.

El ambiente histórico-literario portugués recibió en 1943 el aporte de una tesis cuyo valor es realmente meritorio y digno de ser alabado. Su autora, una verdadera promesa, permite aguardar de ella grandes posibilidades para el futuro.

Virginia Rau ha llevado a cabo un interesante estudio sobre las ferias medievales portuguesas, y dentro de un plan expedito y hábilmente manejado ha trazado un cuadro acabado del medio donde tuvo lugar el desenvolvimiento mercantil lusitano.

Una bibliografía bien seleccionada, que versa acerca del desarrollo del mercado y las ferias en el mundo medieval europeo, presta a la distinguida licenciada las bases esenciales para lograr, por medio de su intelección esmerada, una resurrección histórica penetrante de las licencias de ferias otorgadas por los reyes de Portugal a diversas ciudades y villas de su reino.

A primera vista podríamos creer que se tratase de una investigación cuya importancia sólo fuera secundaria, mas cuando llegamos a penetrar en su verdadero valor percibimos que en verdad se ocupa de algo medular en la vida medieval portuguesa. Virginia Rau, no sólo nos ofrece una presentación delineada, precisa y ágil del movimiento y espíritu comerciales, sino también una descripción rápida pero certera de la atmósfera, detalles y demás circunstancias que rodean a esa palpitación económica cuyos balbuceos se notan ya en Portugal en los albores del siglo XI.

En breves rasgos pinta esa vida que viene a resultar de una necesidad imperiosa: la de trocar unos productos por otros, con lo cual los hombres de la ciudad y del campo tienen una excelente oportunidad para aproximarse, no bien comienzan a designar los lugares y los días de intercambio.

Nos encontramos aquí con la primera manifestación ferial. Rau lo explica diciendo: "Contemporáneas del comercio errante, de la acti-

vidad ejercida por los regateadores, "colporteurs" o "piepowders", como tan sugestivamente los denominó el derecho inglés, ellas [las ferias] son ante todo un fenómeno económico que se manifiesta cuando la necesidad del cambio de productos impone no sólo un lugar determinado para realizarlas sino también una fecha periódicamente establecida".

Poco a poco va señalando cuidadosamente cada uno de los pasos vacilantes de dicha organización económica y las circunstancias morales que contribuyeron a su realización; a saber: los festejos de los días piadosos, las romerías y las peregrinaciones. Durante ellos coinciden necesariamente en los caminos el buhonero eufórico y activo y el peregrino recogido en lo profundo de su intimidad. Luego surgen las ferias como consecuencia simultánea del renacimiento comercial entre Oriente y Occidente, tras la rotura de las represas que contenían ese intercambio.

Se desparraman las mercaderías por toda Europa, e imitando una expresión de Henri Pirenne, diremos que se aglomeran como en nódulos que monopolizan su distribución. Son las ferias las que llevan a cabo esta misión, especie de grandes exposiciones internacionales, que dada su importancia y magnitud no pueden ser sino anuales o semestrales. Se van transformando a través de los cinco siglos de su vida, desde su primera estabilización periódica y local hasta los días en que se llegó a construir, como en los nuestros, hermosos y elegantes edificios destinados a grandes tiendas, lonjas y casas de contratación.

Observa Rau cómo los feriantes contaron en los primeros tiempos con la protección eclesiástica, hasta cuando sobrevinieron dificultades, no bien la Iglesia percibió el grave error dogmático en que se había incurrido al haber autorizado la realización de ferias en los días de fiesta de guardar.

Por una parte, es interesante notar el valor que Rau asigna a la adquisición de las libertades concedidas por el rey a los feriantes, a medida que su importancia aumentaba en el equilibrio social de la época, y la atención que presta a la lenta variación fisonómica y orgánica producida bajo la influencia directa de las escuelas financieras florentinas, flamencas y de las de León y Castilla.

Sus consideraciones acerca de la relación existente entre la organización de ferias y el origen de la ciudad o del régimen municipal no se alejan de la opinión de Valdeavellano, quien afirma su papel importante pero no decisivo.

En Portugal, las ferias, adaptadas dentro de un molde muy semejante al flamenco y al francés, llevan a cabo la misión memorable de unir la costa portuguesa con el hinterland luso-leonés, además de mantener un tráfico ininterrumpido con Castilla. El comercio terrestre portugués carece de importancia en el plano económico europeo; en cambio, el marítimo ha de elevarse, a partir de los siglos XIV y XV, durante el apogeo de los Avis, a una categoría de alcance internacional.

Para Virginia Rau las ferias vienen a ser, dentro del comercio terrestre, verdaderos puertos del interior, portadores de una infinidad de cambios y mejoras en las comunicaciones y en la seguridad de las regiones, y representan, además, el papel de condensadores del progreso en las distintas localidades donde eran instituídas.

Pero luego de una época floreciente y constructiva languidece el mercado diario o semanal y la feria mensual o anual. Es evidente que mientras se fija el comercio más evolucionado, que hace desaparecer ese comercio intermitente y errante, la vida se desenvuelve hacia los moldes de una estructuración más desarrollada y moderna. Rau juzga con una expresión pintoresca el carácter desempeñado por las ferias en la historia económica de Portugal: "Fomentando e desenvolvendo o comércio e as relações económicas internacionais, as feiras tiveram o destino do aprendiz de feiticeiro, libertaram forças que rápidamente se desembaraçaram do seu domínio e as esmagaram".

Virginia Rau encara diestramente el aspecto económico y el derecho establecido en las ferias dentro de las medidas jurídicas, exenciones y garantías, prohibiciones y penas, cotos e impuestos, obligaciones y derechos, aplicadas en un sistema económico-social en el cual se ha de ir notando paulatinamente "la ascensión de una clase cuya importancia se afirmaba en la riqueza móvil y en el comercio y no en la posesión de tierra". Además señala que en Portugal la concesión total o parcial de mercados representa un privilegio real y no un "instrumento de desintegración político o social", como en Francia; parecele a la autora, "pelo contrário, ser un factor que contribuiu para manter intangível a autoridade da coroa", aun cuando su realización dependiera del asentimiento del consejo de la ciudad donde se reunía la feria.

Se impone hacer notar también el valor cultural que asigna Rau al mercader, quien, junto al peregrino y al juglar, fué siempre un portador de novedades tanto materiales como espirituales. Aproximados los hombres, se solidarizaron en sus intereses comunes y fueron confundiéndolos cada vez más hacia otro que se ha de llamar, con cierto sabor de sensibilidad romántica, sentimiento nacional.

Explica después las diferencias que existen entre la feria y el mercado. La distinción de ambos reside en el carácter lugareño del mercado y la modalidad periódica de los grandes centros de trueque, representados únicamente por las ferias, a las que concurrían mercaderes de profesión que hacían sus operaciones por atacado, o sea al por mayor.

En Portugal las ferias son señaladas como excelentes factores demográficos por los mismos documentos en los que se otorga a los moradores de ciertas villas, como privilegio real, la realización de ferias franqueadas. En uno de ellos, situado al final del libro y que la autora, junto a otros, tiene el acierto de transcribir, se lee: "E olhando a grande despouoraçõ E dapnjficamento da dicta villa (de Bragamça) . . . E por se a dicta villa milhor pouorar... ordenamos que pera sempre em cada hũn anno sse faça na dicta villa hũma feira framqueada".

Virginia Rau insiste a menudo en mostrar cómo las ferias fueron excelentes fuentes de rentas para la corona e inigualables factores demográficos de las localidades fronterizas, que inevitablemente tuvieron que sufrir la guerra castellana y las algaras moriscas.

El libro contiene dos mapas, muy útiles por su claridad, que señalan respectivamente la clasificación de las ciudades según el tipo de cartas de ferias y las distintas fundaciones de ferias efectuadas por los monarcas portugueses: D. Alfonso III, D. Diniz . . .

Prolijamente analiza la autora del estudio comentado la evolución sufrida por las ferias en la ciudad, examinando con cuidado los períodos de formación, crecimiento y pujanza de las mismas hasta la época de decaimiento, cuando la importancia del comercio terrestre se eclipsa ante la del marítimo.

Las ferias en Portugal, si bien no alcanzaron la magnitud y el esplendor de las europeas, dentro de sus objetivos cumplieron con la obligación que les impusiera su destino. Desempeñáronse como verdaderos nódulos condensadores no sólo de mercaderías y de hombres que traficaban sino también como fuentes difundidoras de ideas culturales, que al chocar con los más variados sentimientos fueron despertando, lentamente pero de un modo inevitable, a muchos espíritus que en un principio vivieron aletargados en su propia rutina.

Todas estas circunstancias contribuyeron a aumentar el valor de las regiones privilegiadas por actividad tan constructiva, que en manos del espíritu abigarrado del mercader y del feriante fueran preparándose con el tiempo para comulgar con un nuevo tipo de vida y de intereses.